

miércoles 20 de junio de 1990

el Canciller J. Wladimir  
Granma d. G. Bush

**Intolerancia Frente a Quienes Impugnan al Poder**

# La Espada Contra la Pluma

- ★ Acallar a los Críticos no Resuelve los Problemas
- ★ Nadie Está Obligado a Asumir Posiciones Suicidas
- ★ El Silencio Demuestra de qué Lado Está la Razón

**LORENZO MEYER**

La afirmación de que la pluma es más fuerte que la espada no es una verdad histórica sino, en el mejor de los casos, una hipótesis optimista. Y en los casos que pueden servir de base a ese optimismo, resulta que la fuerza de la pluma sólo se muestra en el largo plazo, pues en el choque directo entre ésta y la espada, el vencedor inmediato es invariablemente la espada.

La reflexión anterior viene al caso por las amenazas que recibiera el viernes pasado Jorge G. Castañeda en la puerta de su casa por la vía de un breve mensaje verbal dado a su secretaria, y subrayado con una pistola. Se trataba, según dijo uno de los cuatro desconocidos portadores de la mala nueva, de una "primera llamada", pues algo muy desagradable le sucedería si persistía en su conducta.

Una segunda llamada ocurrió el lunes siguiente, cuando otro desconocido interceptó el automóvil de la secretaria y le ordenó, en términos muy rotundos, que desistiera de su empeño de identificar a quienes la habían amenazado la primera vez.

**SIGUE EN LA PAGINA DOCE**



# LA ESPADA CONTRA LA PLUMA

Los desconocidos no consideran necesario ser ex-

plícitos en que parte de las actividades de Castañeda se debieran de modificar para evitar que le ocurriera algo desagradable, pero no cuestiona el mayor trabajo imaginarias, va que el sello de distinción del amenzado es su crítica sistemática y bien razonada a las políticas del actual gobierno en revistas y periódicos nacionales y, sobre todo, extranjeros, donde mande una presencia que por ahí

quien sea la fuente de las amenazas al columnista mexicano.

Como columnista y académico, Castañeda puede tener una gran capacidad para poner a sus adversarios en situaciones difíciles. Pero como escritor desarmado, sus razones y brillo valen, pero frente al poder de una pistola.

El hecho anterior da pie a varias reflexiones de carácter general, y deseó aprovechar este espacio para comentar algunas de ellas. Para empezar, hay algo en esta irritación de

una parte mínima se br teresa por lo que dicen abundan los blancos. En este caso, no hay duda del papel socialmente positivo de quienes se dedican a hacer evidentes las contradicciones y aspectos negativos de la acción del poder; sea éste público o privado. En este caso, los criticados pueden caer en la tentación de tratar de acallar las preocupaciones de muchos mexicanos a sus gastos energías en tratar de acallar a una crítica que, en el mejor de los casos, sólo llega a un grupo reducido de mexicanos y nunca a las masas, que son viadas por el desastre social en que se ha convertido México a raíz de su gran crisis de los años

modernos, sino a la larga, por ineptez. El crítico no es el creador de los problemas, es únicamente una de las vías por las que éstos se manifiestan. Destruir al mensajero que trae las malas nuevas, como se acostumbraba en algunas sociedades antiguas, es, en primer lugar, un signo de premodernidad y, en segundo lugar, es una estupidez, pues sólo sirve para poner de manifiesto la debilidad profunda de la fuerza.

La respuesta civilizada, eficiente y moderna del poder a la crítica, puede ser desde la olímpica ignorancia (después de todo, el diálogo principal del crítico es con el depositario de la soberanía, es decir, el gobierno), pasando por el debate con argumentos lógicos hasta la búsqueda de la neutralización de la crítica actuando sobre la realidad misma, modificándola, y terminando así con el motivo de queja. Por cualquiera de los dos caminos el de la confrontación de argumentos o la resolución del problema, con lo cual el papel del crítico se justifica.

Aunque a ningún gobierno o grupo privado de poder le agrada ser objeto de la atención del crítico, resulta que son los sistemas autoritarios los que menos toleran o reaccionan con exceso frente a sus críticos (los gobiernos totalitarios ni siquiera dejan que el crítico asome la cabeza, simplemente se la cortan desde el principio). Los gobiernos mexicanos, incluido el actual, siempre

han negado ser autoritarios, pero la mala manera con que toleran a sus críticos y las varias formas con que tratan de suprimirlos (desde el "embudo" hasta la "solución Buendía") ponen al descubierto esa naturaleza autoritaria que, por otra parte, se manifiesta de mil maneras más: "partido casi único", elecciones sin credibilidad, un sistema privativo de la palabra del poder, vagar por el camino de la "eterna promesa de que por fin la democracia se habrá realzado entre nosotros, prometida en los libros, promesa hecha por Plutarco Elías Calles al crear el P.N.R. y reafirmada por Carlos Salinas al anunciar el "partido único" y los hechos de casi un siglo de fraude del presidencialismo, por el otro lado, la contradicción — materia prima del crítico — es la falta de naturalidad de la acción política en todo tiempo y lugar. Pero esa contradicción tiene grados y circunstancias, y justamente la característica del sistema político mexicano es que esa contradicción es estructural... y muy evidente. En México, el marco jurídico es uno propio de un sistema liberal, democrático, abierto y plural. Sin embargo, el marco real es de un presidencialismo ambiguo, que aboga la utilización de poderes e implante la sociedad civil para disponer de los medios adecuados para llamar a cuentas al poder cuando éste actúa de manera insoportable, cosa que hace con gran frecuencia.

El discurso oficial, en particular el que proviene de la institución que es el eje indiscutible de la política nacional, la Presidencia, es un "donde campea un espíritu liberal, autoritario, moderno, y de respecto por la pluralidad, la democracia y por el debate abierto y respetuoso de las diferencias entre el gobierno y la sociedad a la que se supone que sirve. Pero, por otro lado, se encuentran los hechos que lo contradicen: procesos electorales que no conducen a la fuente primaria de legitimidad que debían ser, una guerra contra el narcotráfico cuyas raíces se encuentran fuera de nuestras fronteras

creación de un clima político en donde la contradicción entre las reglas formales del proceso político y las constitucionales — y la realidad sean la excepción y no la regla. La modernización es una situación donde no sea necesaria la creación, asegurada de comisiones oficiales de honorarios de derechos humanos porque ni Amnistía Internacional o American Watch tienen la desagradable materia prima con que actuar. La modernización es, en fin, la civilización en el campo político, donde al crítico del poder se le respaldan de ideas y no con ataques de ideas y no con ataques ad hominem ni, menos aún, con amenazas.

En conclusión, frente a los argumentos de la espada de la pluma — que no está obligada a asumir posiciones suicidas — no tiene más remedio que callar. Pero en esas circunstancias, cuando el crítico calla no obedece, sino que lo contrario: quien calla por la fuerza o por la amenaza prueba con su silencio que la razón se quedó de su lado.

Los desconocidos no consideran necesario ser explícitos en que parte de las actividades de Castañeda se debieran de modificar para evitar que le ocurriera algo desagradable, pero no cuestiona el mayor trabajo imaginarias, va que el sello de distinción del amenzado es su crítica sistemática y bien razonada a las políticas del actual gobierno en revistas y periódicos nacionales y, sobre todo, extranjeros, donde mande una presencia que por ahí

El hecho anterior da pie a varias reflexiones de carácter general, y deseó aprovechar este espacio para comentar algunas de ellas. Para empezar, hay algo en esta irritación de

una parte mínima se br teresa por lo que dicen abundan los blancos. En este caso, no hay duda del papel socialmente positivo de quienes se dedican a hacer evidentes las contradicciones y aspectos negativos de la acción del poder; sea éste público o privado. En este caso, los criticados pueden caer en la tentación de tratar de acallar las preocupaciones de muchos mexicanos a sus gastos energías en tratar de acallar a una crítica que, en el mejor de los casos, sólo llega a un grupo reducido de mexicanos y nunca a las masas, que son viadas por el desastre social en que se ha convertido México a raíz de su gran crisis de los años

modernos, sino a la larga, por ineptez. El crítico no es el creador de los problemas, es únicamente una de las vías por las que éstos se manifiestan. Destruir al mensajero que trae las malas nuevas, como se acostumbraba en algunas sociedades antiguas, es, en primer lugar, un signo de premodernidad y, en segundo lugar, es una estupidez, pues sólo sirve para poner de manifiesto la debilidad profunda de la fuerza.

La respuesta civilizada, eficiente y moderna del poder a la crítica, puede ser desde la olímpica ignorancia (después de todo, el diálogo principal del crítico es con el depositario de la soberanía, es decir, el gobierno), pasando por el debate con argumentos lógicos hasta la búsqueda de la neutralización de la crítica actuando sobre la realidad misma, modificándola, y terminando así con el motivo de queja. Por cualquiera de los dos caminos el de la confrontación de argumentos o la resolución del problema, con lo cual el papel del crítico se justifica.

Aunque a ningún gobierno o grupo privado de poder le agrada ser objeto de la atención del crítico, resulta que son los sistemas autoritarios los que menos toleran o reaccionan con exceso frente a sus críticos (los gobiernos totalitarios ni siquiera dejan que el crítico asome la cabeza, simplemente se la cortan desde el principio). Los gobiernos mexicanos, incluido el actual, siempre

han negado ser autoritarios, pero la mala manera con que toleran a sus críticos y las varias formas con que tratan de suprimirlos (desde el "embudo" hasta la "solución Buendía") ponen al descubierto esa naturaleza autoritaria que, por otra parte, se manifiesta de mil maneras más: "partido casi único", elecciones sin credibilidad, un sistema privativo de la palabra del poder, vagar por el camino de la "eterna promesa de que por fin la democracia se habrá realzado entre nosotros, prometida en los libros, promesa hecha por Plutarco Elías Calles al crear el P.N.R. y reafirmada por Carlos Salinas al anunciar el "partido único" y los hechos de casi un siglo de fraude del presidencialismo, por el otro lado, la contradicción — materia prima del crítico — es la falta de naturalidad de la acción política en todo tiempo y lugar. Pero esa contradicción tiene grados y circunstancias, y justamente la característica del sistema político mexicano es que esa contradicción es estructural... y muy evidente. En México, el marco jurídico es uno propio de un sistema liberal, democrático, abierto y plural. Sin embargo, el marco real es de un presidencialismo ambiguo, que aboga la utilización de poderes e implante la sociedad civil para disponer de los medios adecuados para llamar a cuentas al poder cuando éste actúa de manera insoportable, cosa que hace con gran frecuencia.

El discurso oficial, en particular el que proviene de la institución que es el eje indiscutible de la política nacional, la Presidencia, es un "donde campea un espíritu liberal, autoritario, moderno, y de respecto por la pluralidad, la democracia y por el debate abierto y respetuoso de las diferencias entre el gobierno y la sociedad a la que se supone que sirve. Pero, por otro lado, se encuentran los hechos que lo contradicen: procesos electorales que no conducen a la fuente primaria de legitimidad que debían ser, una guerra contra el narcotráfico cuyas raíces se encuentran fuera de nuestras fronteras

creación de un clima político en donde la contradicción entre las reglas formales del proceso político y las constitucionales — y la realidad sean la excepción y no la regla. La modernización es una situación donde no sea necesaria la creación, asegurada de comisiones oficiales de honorarios de derechos humanos porque ni Amnistía Internacional o American Watch tienen la desagradable materia prima con que actuar. La modernización es, en fin, la civilización en el campo político, donde al crítico del poder se le respaldan de ideas y no con ataques de ideas y no con ataques ad hominem ni, menos aún, con amenazas.

En conclusión, frente a los argumentos de la espada de la pluma — que no está obligada a asumir posiciones suicidas — no tiene más remedio que callar. Pero en esas circunstancias, cuando el crítico calla no obedece, sino que lo contrario: quien calla por la fuerza o por la amenaza prueba con su silencio que la razón se quedó de su lado.